

sas en un principio, tan desprendidas del mundo y tan deseosas de imitar á Jesucristo? ¿Cuál es la causa que produce tan funestos resultados?... Ya lo hemos dicho: la causa principal de este lamentable proceder es la pasión dominante, gangrena de la vida espiritual, manantial de todos los vicios y muerte de todas las virtudes.

2. Con razón se llama dominante esta pasión, porque domina realmente al alma y la sujeta á todos sus caprichos, sin tener en cuenta los principios de la razón y de la fe. Es un rey despótico, sentado en nuestro corazón como en trono usurpado, y á cuyo tiránico imperio obedecen, rendidas como esclavas, todas las demás pasiones, y sin cuyo beneplácito ninguna otra pasión puede moverse para lograr su objeto, y si alguna de ellas, espoleada por su propio instinto, se atreve á obrar por su cuenta, al punto se ve oprimida por el tirano, el cual no la permite dar un paso en el camino del bien, si no conviene á sus perversos designios. San Agustín, que experimentó en su alma esta servidumbre, la explica en el libro de sus «Confesiones» de esta suerte: «La pasión era dueña de mi voluntad y había formado de ella una cadena, con la cual me tenía estrechamente atado. »Pues por haberse la voluntad pervertido, pasó á ser apetito desordenado, y como éste fué servido y obedecido, vino á ser costumbre, y no siendo ésta refrenada, se hizo necesidad como naturaleza; y la costumbre arrastra y sujeta al alma á pesar suyo, en justa pena de haber ella caído voluntariamente en aquella costumbre» (1). En una palabra, todo cuanto intentan llevar á cabo las pasiones menores, debe ir aprobado y refrendado por la mayor, so pena de quedar frustrado en el acto. Y así, viven engañadas muchas almas, creyendo que carecen de ciertos vicios, que poseen ciertas virtudes y que vencen con facilidad algunas tentaciones en

(1) Confes., tom. 2, cap. 5.—Jacob., I, 14.

que otros caen, porque en realidad ni existen tales tentaciones, ni tales vicios, ni tales virtudes. Pongamos algún ejemplo. El hombre dominado por la codicia, parece abstigente, sobrio y mortificado; come y viste pobremente, todo le parece excesivo, el menor gasto le alarma y arrastra una vida llena de privaciones y congojas, y no obstante, carece de todas esas virtudes, porque la avaricia tiene aprisionado su corazón, es su pasión dominante, y todo cuanto hace lo supedita al deseo insaciable de amontonar riquezas. El entregado á la liviandad, suele vivir tan enfrascado en ella, que prescinde por completo de todo otro linaje de placeres lícitos que proporciona la vida, porque no conducen al logro de su apetito. En éstos se verifica á la letra lo que dice Jesucristo por San Mateo: *Donde tienes tu tesoro, allí está tu corazón* (1). Ahora bien; la conducta mortificada y austera, al parecer, de éstos desgraciados, ¿puede llamarse virtuosa? De ninguna manera, porque no procede del corazón asistido de la gracia; no es fruto de la caridad, sino del refinado egoísmo de la tiránica pasión que los domina y los consume y les obliga, mal de su grado, á someterse á todos sus caprichos. No, no hay sombra de virtud en estos fingidos penitentes; lo que hay es un engaño oculto del demonio y un triunfo manifiesto de la pasión dominante, arteramente velado con el manto de la hipocresía; porque la nota característica de esta pasión consiste en que tiende á dar al vicio apariencias de virtud, y ésta es otra prueba de la malicia que entraña.

3. Lo vemos en Judas. ¿Quién hubiera creído nunca que Judas, devorado por la codicia, había de mostrarse abogado entusiasta de los pobres? ¿Quién hubiera sorprendido á la avaricia oculta bajo el noble manto de la caridad?... Todas vosotras sabéis el pasaje á que me refiero. «Estando Jesús

(1) Matth., VI, 21.—Jerem., XLVIII, 7.—Luc., XII, 34.

«en Betania, dice San Juan, en casa de Lázaro, María Magdalena tomó un vaso de alabastro lleno de perfumes de gran precio y lo derramó sobre los pies de Jesús (1). Judas llevó esto muy á mal, diciendo: *¿Á qué fin este desperdicio? ¿No sería mejor que este unguento se vendiese á subido precio para socorro de los pobres?*» Nota el Evangelista, que Judas dijo esto, «no porque él pasase algún cuidado por los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, defraudaba el dinero que se echaba en ella» (2). Ved aquí la avaricia hablando el lenguaje de la caridad; ved aquí la pasión dominante ocultando, hipócrita, su ponzoña con el brillante ropaje de la mayor de las virtudes (3). Por eso cabalmente se la debe perseguir sin tregua, porque nos lleva engañados por un camino que parece recto y seguro, pero cuyo término es la perdición eterna (4).

Como veis, negocio es éste de suma gravedad y transcendencia, y por lo mismo, debemos ante todo averiguar cuál realmente sea nuestra pasión dominante; pues así como no ha hecho poco, sino mucho, el médico, cuando ha acertado con la raíz de la enfermedad, porque entonces aciértase con los remedios, y van produciendo efecto las medicinas; así nosotros no habremos hecho poco, sino mucho, si acertamos á descubrir nuestra pasión dominante, raíz de todas nuestras enfermedades y dolencias espirituales, porque será acertar con la cura de ellas.

*Medios para conocerla.* 1. Y ¿qué medios hay para conocer á este enemigo tan insidioso y tan temible? Ved aquí el primero. Acredita la experiencia, que casi siempre llevamos al tribunal de la penitencia ciertos pecados leves, ciertas faltas é imperfecciones voluntarias, de las cuales pa-

(1) Joann., XII, 1.—Matth., XXVI, 12.—Marc., XIV, 5.

(2) Joann., XII, 6.

(3) I. Corinth., XIII, 13.—Coloss., III, 14.

(4) Prov., XIV, 12.

rece que no podemos desprendernos, y las denunciarnos al confesor, y nos dolemos de haberlas cometido con propósito de enmendarnos de ellas, y no obstante, muy pronto, á la menor ocasión y sin casi darnos cuenta de ello, volvemos á cometerlas, sin poder lograr nunca una victoria decisiva, un triunfo completo. Pues bien; para atajar en lo posible esta malhadada costumbre, debemos examinar con serenidad y muy detenidamente la calidad y número de estas faltas cotidianas; luégo la raíz de donde proceden y el por qué en tales circunstancias crecen y en cuales otras disminuyen, y casi siempre descubriremos que la raíz que las engendra es nuestra pasión dominante, porque ella tiene parte en todos nuestros pecados y aun en todos los actos de la vida, pues todos ellos ostentan algún rasgo de su fisonomía; ella constituye nuestro carácter personal (1).

2. Otro medio hay para acertar á conocerla, y es, cuando no podemos sufrir que se nos eche en cara; porque si bien esta pasión de suyo busca escondrijos, como hemos dicho, para no ser conocida, no obstante, con mucha frecuencia es sorprendida por las personas con quien habitualmente tratamos. Vosotras lo sabéis: personas hay tan pagadas de sí mismas, que, aun conociendo sus flaquezas y llamándose á toda hora miserables pecadores, tan luego como las tachan de ciertos defectos, se revuelven, como picadas de tarántula, y dicen: «Eso sí que no va conmigo. Yo podré tener todos los defectos del mundo, menos ese de que se me acusa.» ¿No es esto cierto, herm. mías? ¿No es esto práctico? ¿No ha ocurrido más de una vez á alguno de nosotros?... Si es así, no discurremos más; acertaron con la llaga; aquélla era, sin duda, nuestra pasión dominante. Regla general. ¿Queremos saber la cualidad ó la virtud que nos

(1) P. Faber, lug. cit.

falta? Pues examinemos bien cuál es la de que nos alabamos á toda hora, venga ó no venga al caso (1).

3. Para todas estas investigaciones, conviene ante todo que nos aconsejemos de nuestro director espiritual, como quiera que nadie es buen juez en causa propia, y mucho menos en cosas que atañen al perfeccionamiento de nuestras almas; habiéndole dado primero entera cuenta de nuestra conciencia, de todas nuestras inclinaciones, pasiones, aficiones y malos hábitos, él nos ayudará en nuestras pesquisas, pues no podemos tomar guía más seguro en esta guerra que debemos trabar con nuestro enemigo emboscado. La principal dificultad es descubrir al enemigo; para el alma de buen temple, logrado este descubrimiento, ya está ganada la mitad del triunfo; pero si por pereza ó desaliento abandonamos esta pasión á sus perversos instintos, nos tendrá perpetuamente uncidos á su ignominioso yugo, y Dios entonces no vendrá á nosotros, *nos entregará*, como dice la Sagrada Escritura, *á nuestros propios deseos* (2); nos dejará de su mano y nos cerrará las puertas de su gracia.

*Ejemplos.*—Tan temible peligro corremos, herm. mías, si rehuimos esta lucha, porque si somos vencidos por esta pasión, estamos perdidos sin remedio. No empleemos el tiempo ni las fuerzas en luchar con pequeñas pasiones ó defectos fáciles de vencer, porque todas viven supeditadas á la pasión dominante, y mientras ésta no muera, vanos serán nuestros esfuerzos para adquirir la paz del corazón. El rey de Siria mandó á sus capitanes que no peleasen ni contra el menor ni contra el mayor, sino sólo contra el rey de Israel; lograron matar al rey Acab, y obtuvieron completa victoria sobre sus enemigos (3). Mientras vivió el terrible gigante Goliat, los hijos de Israel fueron objeto de sus insultos y

(1) P. Faber. Progr. del alma.

(2) Psalm. LXXX, 13.

(3) II. Paral., XVIII, 30.

groseras amenazas que los llenaban de espanto; hasta que una piedra lanzada por el joven David en nombre del Dios de los ejércitos (1), quitó la vida al filisteo y renació la paz y la alegría en el pueblo escogido (2). Esto debemos tener presente: si no matamos al filisteo, esto es, la pasión dominante, jamás lograremos victoria sobre nosotros mismos, y mientras tanto esta pasión cegará, como suele, nuestro entendimiento, y conducidos por ella, *como un ciego guía á otro ciego* (3), caeremos en horribles excesos. ¿Qué movió á Herodes á derramar la sangre de tantos niños inocentes? La pasión desapoderada de reinar que le dominaba (4). ¿Quién perturbó á su hijo la razón hasta el extremo de consentir que se cortase la cabeza al Santo Precursor Juan Bautista? La concupiscencia de la carne, que endurece el corazón del hombre, ofusca su razón y le precipita en un abismo de maldades (5). ¿A qué debió Judas los tres horrendos crímenes que cometió en pocas horas, esto es, la comunión sacrilega (6), la venta de su Maestro (7) y el desesperado suicidio? (8). Á la insaciable avaricia, su pasión dominante. Y es que así como una virtud eminente, dice San Lorenzo Justiano, arrastra tras sí á otra virtud, así también un vicio arrastra á otro vicio y un pecado á otro pecado (9).

*Medios para vencerla.*—Abramos desde hoy la campaña, herm. mías, empezando por reprimir los primeros movimientos de la que veamos ser nuestra pasión dominante; evitemos con gran diligencia toda ocasión de sucumbir á esta pasión, y para este fin, importa que sea ella la materia obligada de nuestro examen particular, y por cada descuido ó falta que voluntariamente cometiéremos, impongámonos

(1) Isai., III, 1.

(2) I. Reg., XVII, 45.

(3) Matth., XV, 14.

(4) Matth., II, 16.

(5) Matth., XIV, 10.—Jacob., I, 15.

(6) Joann., XIII, 27.

(7) Matth., XXVI, 49.

(8) Act., I, 18.

(9) Psalm., XLI, 8.

una pequeña penitencia; pequeña, sí, pero que nos toque en lo vivo de nuestras aficiones ó comodidades. No nos dejemos distraer por cosa alguna. Aunque no debemos descuidar nunca la oración, ni el ejercicio de la humildad, de la mortificación y demás virtudes, pero ninguna de estas prácticas debe distraernos del punto principal, antes todas deben concurrir á él, porque en medio de todo eso, escondida allá en los repliegues del corazón está nuestra pasión dominante, y hay que atacarla con brío. Ni visiones, ni éxtasis, ni mortificaciones, ni el don de milagros, ni los vivos esplendores de la contemplación, nada de esto nos hará adelantar un paso, en cuanto cesemos de luchar porfiadamente con nuestra pasión dominante (1). Si logramos vencerla, con la gracia divina, fácilmente venceremos las demás; pero si nos dejamos arrastrar por ella, jamás lograremos la libertad de espíritu con que la religiosa debe servir á Dios. ¿De qué sirven al águila sus grandes alas, dice San Efrén, si se halla sujeta á la tierra por un hilo? ¡Cuántas religiosas podrían, cual águilas reales, tender el vuelo á las cumbres de la perfección, y morar en los agujeros de la piedra, que es Cristo (2), al abrigo de las tempestades del corazón; y no obstante, por estar atadas con algún afecto terreno, viven con el corazón pegado á la tierra, para la cual ciertamente no han nacido! Y basta una ligera atadura, dice San Juan de la Cruz, para impedir que el alma vuele hacia Dios.

Ardua y penosa es la tarea, ¿quién lo duda?, pero por lo mismo debemos emprenderla con mayores alientos. Aquí el negocio de cuantía no es la victoria, sino el combate; no se trata aquí del éxito de la lucha, sino de la necesidad de trabarla. El soldado entra en batalla sin pensar en el triunfo; sólo atiende á pelear con bravura por su patria, y si muere

(1) P. Faber. Progr. del alma.

(2) I. Corinth., X, 4.—Cant., II, 14.

en la demanda, sucumbe como mártir de su lealtad y del cumplimiento de su deber. En este combate espiritual tampoco se nos exige la victoria, que ésta corre á cuenta de Dios, como dice el Apóstol (1), sino la perseverancia, que es lo único que merece recompensa (2). Esforcémonos á hacer lo que pudiéremos, confiando en el auxilio divino (3). El trabajo asiduo lo acaba todo; lo que no se logra en un mes, se logra en un año, y aunque un año y muchos probemos y nunca acabemos de salir con ello, con todo esto pidamos á Dios socorro; propongamos y luchemos hasta la muerte, y como dice el Profeta: *Desde la mañana hasta la noche espere Israel en el Señor* (4). Valga más para la religiosa la esperanza en su divino Esposo Jesús, que el temor del demonio y la desconfianza de sí misma. Sirvámosle con aliento, con fervor y perseverancia, hasta que logremos la perfección de nuestra alma y la unión de nuestro espíritu con el divino, para merecer en la otra vida una corona inmarcesible de gloria, donde con seguridad le amaremos y alabaremos eternamente.

(1) I. Corinth., XV, 57.

(2) Matth., X, 22.

(3) Psalm. XXXII, 21.

(4) Psalm. CXXIX, 6.—Eccli., II, 3.—Psal. XXVI, 14.

